sostenida por Bataillon respecto al «Lazarillo» y la novela picaresca, negando su adscripción al erasmismo y su prolongación de un anticlericalismo medieval que renacía en el nuevo ambiente).

No son éstas las únicas corrientes espirituales que cobran impulso en nuestro país. Cuando el erasmismo ha sido condenado y perseguido, aparece un racionalismo que si Erasmo podía haber preparado indirectamente, no había adoptado: «... el erasmismo, en conjunto, fue un movimiento fideísta, que oponía a la autoridad de la razón teológica, no la autoridad de la razón simplemente, sino la sumisión a Cristo, cuya ley se resume en pocas palabras, cuya gracia da la libertad interior. Se ve apuntar en el Brocense un racionalismo nuevo, ávido de evidencia, que hace presentir a Descartes, y que Erasmo no hizo más que preparar con su independencia crítica frente a la tradición» (p. 737).

La condena del erasmismo no produce su desaparición, como tampoco desaparece ese racionalismo de nuevo cuño, sino que continúa perviviendo. A este respecto Bataillon sostiene la tesis de un Cervantes influido por el erasmismo (pp. 777 y ss.), en clara oposición al planteamiento de Américo Castro (p. 785), lo que revela tanto la importancia de la estricta doctrina de Erasmo, como su impacto sobre el medio espiritual, mostrando «que el erasmismo, tratado por Menéndez y Pelayo y otros, como una corriente aberrante, heterodoxa, está en estrecho contacto con lo más granado de la Reforma católica, tan engañosamente llamada Contrarreforma» (nota 90, p. 795).

☆

No es necesario elogiar este libro, sólo indicar —como hemos procurado hacerlo a lo largo de nuestro comentario—, que además de suministrarnos inapreciable información sobre el movimiento erasmista y, con él, sobre la configuración espiritual, social y política del país, nos enseña cómo debe mirarse la historia, la necesidad de adoptar una actitud comprensiva y no excluyente ante los movimientos espirituales, pues de lo contrario, inquisitorialmente, empobreceremos nuestro patrimonio.—VALERIANO BOZAL.

CARMEN CONDE: *Un pueblo que lucha y canta*. Editora Nacional. Madrid, 1967.

Mucho admiramos a Carmen Conde. Y no sólo por sus reconocidos valores poéticos y literarios, sino también por su enorme capacidad de trabajo que la sitúa entre las más pródigas de nuestras escri-

toras. Son ya muchos los títulos que tiene en su haber. Poemas, novelas, prosas poéticas, libros de erudición, antologías... Predominan, claro está, los libros de poesía, ya que Carmen Conde es, por encima de todo, poeta. Esto podemos comprobarlo a lo largo y ancho de toda su obra. Ya sea poesía o prosa, el poeta está siempre presente. De entre sus libros de poemas recordamos siempre *Mujer sin Edén,* acervo de nobles rebeldías, manantial lírico donde hemos bebido anhelosamente todas las poetisas de España. O casi todas. Negarlo sería negar lo evidente. Callarlo supondría una ingratitud hacia la mujer que con su voz apasionada y vigorosa ha sabido redimir a la poesía femenina española del lastre de gazmoñería e intrascendencia que venía padeciendo. Si dejamos a un lado —por tantas y tan puras causas— a Santa Teresa, piedra secular de nuestra literatura femenina; si prescindimos de Rosalía de Castro, la dulce mujer norteña que nos legó su escalofriante sensibilidad, su arraigado lirismo, tendremos que acudir al nombre de Carmen Conde para considerar —de un modo serio y consecuente— la lírica femenina española de todos los tiempos.

Carmen Conde ha sabido, con su palabra ardiente y ardida, impregnada por las más puras sustancias poéticas, fustigada por los más acuciantes problemas humanos, entregarnos un mundo rico y pleno, misterioso y dramático. Un mundo capaz de contener y asumir todas aquellas actitudes que parecían vedadas para la poesía femenina, tan hecha hasta entonces de circunstancias, de anécdotas, de intimismo. Carmen Conde, con su generosidad ilimitada, se pone a cantar interminablemente todas las cosas que la hieren, que la conmueven. Y lo hace con un acento poderoso y persuasivo, gritando unas veces, hondamente desgarrado otras, siempre sincero y noble.

Pero esta vez no es su poesía lo que nos toca comentar. El libro que ahora nos ofrece, publicado por la Editora Nacional, entra de lleno en el terreno de la investigación literaria e histórica. Porque *Un pueblo que lucha y canta* es un relato y un estudio de todos aquellos materiales que sirvieron de base a la literatura castellana, aquella que surge de la epopeya para ser su testimonio más significativo y leal.

Es curioso observar cómo los pueblos en los momentos más difíciles y dramáticos de su historia rompen a cantar. Es como si necesitasen dejar constancia de sus rebeldías, de sus sufrimientos, de sus lentas y dolorosas conquistas. Y es precisamente a través de esos cantos como se aprende a comprenderlos y a amarlos. Porque ellos son la voz más fiel y entrañable de la historia. España nos llega más hondo por sus cantares de gesta, ingenuos, monótonos, bellísimos, que por los estudios históricos de los eruditos. Estudios siempre demasiado subje-

tivos para que conozcamos los hechos con toda su verdad intrínseca e inalterable.

Un pueblo que lucha y canta se inicia con los cantares de gesta, testimonios vivos, voces inmarchitables que nos hablan de pasiones turbulentas, de crueldades, de rebeldías; nobles unas veces; otras, puestas al servicio de los más acendrados egoísmos... Y a través de sus versos nos llega la expresión más pura del espíritu castellano, del espíritu de una Castilla dividida, víctima de intereses políticos y territoriales. Es precisamente en esta incipiente literatura, surgida al calor de las luchas fratricidas, donde encontramos los primeros cimientos de la unidad española. Carmen Conde nos sale al encuentro con estas palabras:

«Cuando los españoles se pusieron a pensar en contar sus cosas, la mayoría estaba guerreando para llevar a cabo la unidad de la patria. España era un pueblo más activo que pensador, y sigue siéndolo... Nuestros hechos transcendentales son tan hijos del impulso físico como del espiritual. Por eso tenemos parte muy grande en el progreso del mundo. Donde fueron las espadas de nuestros conquistadores iba la cruz y la seguía la ley, que estaba hecha con razón y con sentimiento humano. Todo ello se refleja maravillosamente en nuestra literatura.»

Carmen Conde nos cuenta sencillamente los cantares, como en páginas sucesivas contará romances y canciones, teatro y narraciones. Los cuenta y los hace comprensibles a todas las mentalidades —el libro va dirigido evidentemente a los jóvenes y a los no iniciados en el vasto campo de nuestra literatura medieval—. Cada una de las gestas contadas por los poetas y cantadas por los juglares, que las repitieron de pueblo en pueblo y de sangre en sangre, van siendo desmontadas por la escritora, que, casi amorosamente, va relatando hecho a hecho, presentando personaje a personaje, justificando muchas veces a esas remotas criaturas casi míticas, que son los héroes de la Epopeya. Pero no se detiene aquí el empeño de Carmen Conde, sino que observa, analiza y comenta, unas veces con ternura, con orgullo otras, muchas con gracia. Todas con agudeza y sensibilidad.

Poco a poco, historia y poesía, vamos recorriendo a través de las páginas de *Un pueblo que lucha y canta,* los primeros siglos de nuestras letras. Desde el *Cantar del cerco de Zamora,* hasta *Amadís de Gaula,* viajamos larga y deleitosamente por los fértiles campos de la literatura medieval española hasta entroncar con el Renacimiento. *El cantar del Mio Cid,* tan bellamente contado; el *Cantar de los infantes de Lara,* el *Cantar de Roncesvalles,* el *Cantar de Bernardo del Carpio*...

Magníficamente descrito está el largo poema clásico-medieval de Alexandre, del que Carmen Conde nos dice:

«Entre la amazacotada narración de sus aventuras, lo único que refresca nuestra fatiga de lectores es que, de cuando en cuando, aparece el paisaje: como pequeños y maravillosos oasis en un inacabable viaje a través de las estepas de versos monorrimos, las descripciones del paisaje, del clima o el retrato de una mujer, o la pintura de una tienda fabulosamente bella alivian nuestra sed de caminantes.

«No se vaya a creer por esto que el poema de Alexandre no es interesante; lo es en alto grado, por multitud de detalles, siendo uno de los más importantes el arqueológico, pongamos por ejemplo. El autor del poema fue Juan Lorenzo Segura, de Astorga; y debió escribirlo hacia la mitad del siglo XIII. En la actualidad se conserva este poema en dos códices: uno, procedente de la casa ducal de Osuna, se halla en la Biblioteca Nacional; el otro es de París.»

Historia del dueño de un castillo y un azor es la descripción del bellísimo poema heroico de Fernán González, el conde rebelde y justo que se enfrenta valerosamente con el rey de León, que es víctima de emboscadas y de traiciones; que consigue, finalmente, la independencia de Castilla. En esta hermosa leyenda, junto al *Cantar del Mio Cid* y el *Poema de Alexandre,* es donde la sensibilidad de Carmen Conde más se adelgaza a nuestros ojos. Ha puesto sin duda mucho amor en estas narraciones y —enamorada de Castilla hasta donde perece el análisis objetivo— mucha generosidad al hablarnos de sus héroes más representativos y de sus hazañas, muchas de ellas incomprensibles para nuestra mentalidad de hombres de hoy.

En el capítulo III del libro surgen tres nuevos aspectos de nuestra primitiva literatura: la influencia de los poetas arábigo-andaluces en nuestra lírica; *Las cantigas* y la *Poesía catalana.* Carmen Conde dice al iniciarse este capítulo:

«Acercaos, como yo, reverentemente al tema de nuestro presente capítulo. El hombre ha contado sus proezas, ha cantado sus hazañas guerreras, sus querellas y venganzas familiares... Ahora va a hacer algo más profundo, que Gonzalo de Berceo comenzó con inefable sencillez y singular acierto: ahora el poeta va a hablar de otro mundo en el cual no son las batallas ni las seculares rencillas el argumento...»

De la mano de la escritora vamos atravesando la densa floresta de las letras y de la historia. Muchas veces llegamos al umbral donde la historia termina y la leyenda empieza, pero son ambas tan bellas y están tan fundidas entre sí que no nos detenemos a considerar el grado de su autenticidad. Que ciertos hechos hayan ocurrido o no,

que ciertos personajes hayan existido o sean simplemente criaturas de la imaginación, no es lo que más importa. Lo realmente asombroso es que hayan sido concebidos y puestos en pie.

En *Un pueblo que lucha y canta* se ha recogido lo más bello y significativo de una literatura que nos explica la historia o, sencillamente, que nos hace llegar el espíritu de nuestro pueblo —ese espíritu que perdura más acá de los siglos—; toda la carga de pasiones y de vida de aquellos hombres que vivieron antes que nosotros y de los cuales somos consecuencia.

Página a página nos salen al encuentro reyes y poetas, guerreros y trovadores; mujeres de grandes amores fieles, como doña Jimena; de amores trágicos, como los de sus hijas doña Elvira y doña Sol, dulces criaturas lejanísimas que pueblan la historia. Qué conmovidas nos llegan todavía las palabras con que Alfonso el Sabio describía aquella España tan remota, habitada por seres fantásticos, tanto en su dimensión humana como legendaria.

De poema en poema, de siglo en siglo, viajamos por los más bellos caminos de nuestra primitiva literatura, recordando unas cosas, aprendiendo otras, empezando a comprender muchas de ellas que, por su lejanía hemos dejado a un lado tantas veces, olvidando —¡eso es tan frecuentemente olvidado!— que nada se sostendría ni tendría sentido de por sí si no se produjese en función de otras circunstancias o de otros tiempos.

Dos poemas épicos todavía en el siglo XIV: el *Cantar de Rodrigo* y el *Poema de Alfonso Onceno*. Y un gran poeta: el *mester de clerecía* Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita. De él y de su *Libro del buen amor,* nos dice Carmen Conde:

«¿Cuál es la intención del Arcipreste al escribir su hermoso libro? ¡Cuántas discusiones en torno a este tema! Hay quien cree en la moralidad de Juan Ruiz, presentándole entonces como un clérigo ejemplar y digno y severo por su tendencia, fundándose en las frecuentes protestas del poeta (las cuales no dejan de ser sospechosas por su insistencia...) ya en la introducción en prosa, ya en varios de los pasajes del poema. En la introducción dice así: 'Escogiendo, et amando con buena voluntad salvación et gloria del paraíso para su ánima, hizo esta chica criatura en memoria de bien; et compuso este nuevo libro en que son escritas algunas maneras et maestrías e sotilezas engañosas del amor del mundo, que usan algunos para pecar.'

«Pero ¡ay! —sigue diciendo Carmen Conde—, que a continuación dice *desenmascarándose:* 'Empero porque es humanal cosa el pecar, si algunos (lo que no les aconsejo) quisieren usar del loco amor, aquí

hallarán algunas maneras para ello... En la carrera que anduviese puede cada uno biendecir: *Intellectum tibi dabo.*'»

Y aquí pregunta Carmen Conde:

«¿Queda, con este chiste, transparente ya la cuestión? ¿Se burla el Arcipreste de sus lectores cuando aseguraba que escribía para que 'puedan mejor guardar de tantas maestrías como algunos usan por el loco amor'? Para algunos historiadores no quedan dudas cuando se fijan en la complacencia con que Juan Ruiz refiere muchas de sus propias aventuras y otros episodios como el de *Doña Endrina* y el de *Don Pitas Payas,* el gran papel que desempeña *Trotaconventos,* etc.»

Posteriormente nos relata romances arábigo-andaluces, deliciosos romances que nos traen el espíritu y el recuerdo de otras razas, aquellas que tanta influencia ejercieron en la nuestra. Su lectura es siempre grata y nos deja una impresión de frescura que el tiempo no ha podido marchitar.

Qué bellos los romances de los cuatro condes: Arnaldos, Sol, Olinos y Alarcos, relatados con conmovida ingenuidad. Más adelante, ya en el siglo XV, *Las crónicas,* más historia que literatura. De ellas comenta Carmen Conde:

«Los hechos de los hombres van siendo recogidos con mayor o menor imparcialidad, por aquellos otros cuya misión es la de retener el tiempo presente para ofrecérselo a sus sucesores en forma de tiempo pasado. Y a esto se llama Historia. Historia o crónica general de una época; e histórica, o crónica particular, de un personaje.»

Prolijo y materialmente imposible sería hablar de todos y de cada uno de los aspectos que de nuestra literatura se incluyen en las páginas de *Un pueblo que lucha y canta.* Se condensan en este libro cuatro siglos de las letras españolas .En él se agrupan, como en un haz de apretadas espigas, los valores más profundos y sustanciales de una buena parte de nuestra historia. Nos abre muchos de los caminos por donde el espíritu puede llegar hasta los preciados frutos del saber. Desde los *Cantares de Gesta* a las novelas de caballería, que tanto turbaron a nuestro Don Quijote, encontramos en *Un pueblo que lucha y canta* todas las manifestaciones de nuestras primitivas letras, indestructibles cimientos de nuestra literatura actual.

Digamos, finalmente, que *Un pueblo que lucha y canta* es un libro de erudición, escrito con un lenguaje sencillo y elegante, sin falsas retóricas, sin deliberados preciosismos, que no harían sino entorpecer en el camino del interés que ha de despertar en los lectores. Un libro que debería llegar a las manos de todos para cumplir su propósito de ser guía espiritual y cultural, especialmente para aquellos a quienes va dirigido.

Sería digno de elogio el procurar hacerlo asequible con una edición más modesta y, por tanto, más al alcance de todos.

Carmen Conde ha realizado una gran labor al poner en manos de los jóvenes estos puntos de partida para salir en busca de nuestra literatura medieval, la literatura de nuestro pueblo, que es, a fin de cuentas, quien ha sabido crear esta inagotable fuente capaz de ofrecernos todavía las más puras y frescas aguas.—ANGELINA GATELL.

RAFAEL PÉREZ DE LA DEHESA: *Política y sociedad en el primer Unamuno: 1894-1904.* Edit. Ciencia Nueva, Madrid, 1966; 207 pp.

El primer Unamuno, al que alude el título, es el socialista, el colaborador de *La lucha de clases* bilbaína, miembro del Partido y propagandista personalísimo de los principios antiburgueses. Pérez de la Dehesa hace un buen estudio de la estructura política de la Restauración y de la posición de Unamuno ante ella, especialmente en los diez años finales del siglo, años en que la estructura jurídica nacional, fundada por Cánovas, empieza a experimentar la concurrencia de fuerzas más vigorosas y, sobre todo, reales.

Una de estas fuerzas era el Partido Socialista, fundado por Pablo Iglesias en 1879, y cuyo órgano oficial *El Socialista,* semanario, apareció en 1886. Este es también el año de la fundación de la Agrupación Socialista de Bilbao, en la que ingresaría Unamuno en 1894. Después de describir con palabra precisa la personalidad de Iglesias, la evolución del Partido y de su importante sección bilbaína, se plantea Pérez de la Dehesa el problema del socialismo de Unamuno. No parece fácil establecer la fecha exacta en que se inicia el pensamiento socialista unamuniano; por supuesto antes del 11 de octubre de 1894, fecha de la carta dirigida a Valentín Hernández, director de *La lucha de clases,* en la que se proclamaba marxista (esta carta, íntegra, fue publicada por Carlos Blanco Aguinaga en *Revista de Occidente,* número de agosto de 1966, pp. 167-169). Unamuno, que había comenzado como separatista vasco, se había ido poco a poco acercando al socialismo, en el que llegó a ver la única solución posible a los problemas del mundo. Parece ser que ya en 1892 hacía campaña socialista, o por lo menos así la llama Unamuno (carta a Múgica del 20-III-1892), y que por el tono de los artículos que Unamuno escribía por entonces en la prensa bilbaína, los redactores de *La lucha de clases* adivinaron que tenían un compañero en aquel joven catedrático.